



¿EDUCAR PARA EL PRESENTE O PARA EL FUTURO?

Enrique Sanz Giménez-Rico, SJ

Dos son los recuerdos que conservo de mi primera visita al enorme campo de refugiados camboyanos llamado *Site 2*: la dureza de vida que soportaban los más de 200.000 refugiados que allí vivían, y la transitoriedad de la situación que a ellos les tocaba vivir (toda la gente veterana que conocía bien el problema político de Camboya y la compleja realidad de los campos de refugiados de dicho país afirmaba entonces que los campos estaban a punto de cerrarse). Ambos recuerdos van a servirme de fundamento para desarrollar las líneas que vienen a continuación.

A mediados de septiembre de 1990 llegué a Tailandia, más concretamente a la frontera tailandesa-camboiana. La organización de ayuda y desarrollo de refugiados llamada *Jesuit Refugee Service* se ocupaba, en colaboración con la ONG tailandesa llamada *COERR*, del cuidado, atención y educación de los mutilados de guerra presentes en tres grandes campos de refugiados camboyanos, situados en el interior de Tailandia, a pocos kilómetros del noroeste camboiano.

Mi trabajo consistió en coordinar la labor educativa del personal docente y colaborador de varias escuelas técnicas para mutilados de guerra. En ellas, estudiantes jóvenes (sus edades estaban comprendidas en el arco 20/35), castigados duramente por la guerra (muchos de ellos carecían de pierna/s u otros miembros), estudiaban alguno de los diversos oficios técnicos que en las escuelas se podían aprender: reparación de video, radio, TV, soldadura, carpintería, dibujo, reparación de motores. El programa de aprendizaje solía durar un año (¡en un campo de refugiados no puede existir muchas veces gran precisión cronológica!), y lo desarrollaban profesores voluntarios tailandeses, birmanos o norteamericanos, así como también profesores camboyanos que vivían en los mismos campos de refugiados.

Cada una de las cinco escuelas técnicas en las que colaboraba, tenía su propia organización. El equipo directivo, el claustro de profesores, los secretarios, responsables y colaboradores de las diversas secciones de las mismas se ocupaban a diario, en colaboración con los voluntarios extranjeros, de la formación de los casi 2000 estudiantes que frecuentaban nuestras escuelas.

Mi trabajo y ocupación me brindó la oportunidad de contactar con gente muy diversa: profesores y colaboradores de nuestras escuelas, familiares y alumnos la mayoría de los cuales tenían mujer e hijos; responsables políticos de los campos de refugiados, trabajadores y voluntarios de otros programas educativos de los mismos. Con ellos hablé frecuentemente, intercambié pareceres, discutí. Juntos tratamos de reflexionar sobre alguno de los elementos educativos que debíamos tener en cuenta a la hora de desarrollar nuestros programas. Fruto de esas conversaciones son las líneas que vienen a continuación.

Retomo mis primeros recuerdos de *Site 2*, mencionados al principio de este artículo, para decir que la situación que vivían nuestros estudiantes y sus familias, es decir, su presente, nos preocupaba enormemente. La mayoría de nuestros alumnos habían sido soldados durante muchísimos años. Su vida carecía de la formación más rudimentaria, tanto a nivel educativo como familiar y social.

Por eso, uno de nuestros primeros objetivos era el de proporcionar una educación básica en los tres niveles que acabo de mencionar al citar las carencias de nuestros mutilados. Ello

les era útil para comenzar a reconciliarse, tanto con la dureza de la vida como consigo mismos.

La educación que recibían nuestros mutilados les permitía sacar a relucir y desarrollar alguna de sus múltiples cualidades, que habían quedado oscurecidas por causa de la guerra. Ello les permitía afirmar en ocasiones: "ya valemos más de lo que nosotros creemos y de lo que la gente dice".

Nuestros alumnos eran también capaces, gracias a la formación adquirida, de leer con sinceridad las dificultades cotidianas por las que atravesaban. Comprendían y llevaban con dignidad la dureza de la vida que les tocaba vivir, distinguían los valores positivos y negativos que construían/destruían su propia sociedad. Incluso algunos se animaban a preocuparse por otros mutilados, sin formación y también desfavorecidos, que vivían en los mismos campos en que ellos habían adquirido su educación. Aunque es muy cierto que a ninguno nos gustaba vivir en unos campos tan *deshumanizadores*, no por ello nos escapábamos de las dificultades cotidianas y nos refugiábamos en un pasivo escepticismo. La educación nos ayudaba a todos a plantarle cara a la vida.

Por otro lado, nuestra insistencia en que se preparasen y formasen les permitía también comenzar a reconciliarse con su duro pasado. El aprendizaje técnico, la formación ético-social, y el desarrollo de valores humanos les permitía mirar atrás con un poco menos de miedo, odio y rencor. Preguntas como *¿es mejor el progreso o la guerra?*, *¿hay que ser seres individuales o sociales?* o *¿vale la pena creer en valores éticos básicos?* daban pie a mirar el pasado con más tranquilidad, a reconocer honradamente los propios errores y a rechazar con rotundidad la barbarie de la guerra. Era ciertamente muy duro para todos nosotros, formadores y formandos, enfrentarnos con heridas tan profundas y dolorosas. El dolor humano pide en muchas ocasiones silencio y respeto. Sin embargo, ello no quita que el ser humano pueda tratar con el dolor cara a cara. De ahí que muchos de nuestros estudiantes fueron aprendiendo despacio a convivir con las heridas profundas que todavía permanecían abiertas en sus vidas.

Voy a terminar estas breves reflexiones recogiendo una de las continuas preocupaciones que marcaban mi vida cotidiana, y creo también que la de otros amigos y colaboradores, en los campos de refugiados en los que trabajábamos. El futuro de los refugiados, como he señalado más arriba, era más que incierto. Creo además, que el futuro de los mutilados era aún más difícil que el de otros grupos humanos. En más de una ocasión me preguntaba a mi mismo: *¿merece la pena este esfuerzo cuando el futuro parece tan negro? ¿cómo se continuará, mejorará y finalizará la labor que estamos comenzando? ¿les servirá de algo a los mutilados la educación que están recibiendo?*

Reconozco que me resultaba muy duro mantener el interés cotidiano por la formación y educación en un ambiente de tanta inseguridad. También me resultaba duro creer en el *carácter* presentista de nuestros proyectos. Por desgracia, otros factores políticos, económicos y sociales tenían mucho que ver en el negro futuro que les esperaba a los camboyanos.

Mi deseo es que la educación de nuestros países pueda tener siempre presente, en la medida que se pueda, ambos elementos: el presente y el futuro de los formandos. Y ojalá que el sano equilibrio entre ambos pueda ser una buena receta para todos los educadores.



1. NUNCA NOS QUEDA TIEMPO PARA ESTAR CON ELLOS

2. ¿Y QUÉ HACEMOS CON SUS CAPRICHOS?

1. Nunca nos queda tiempo para estar con ellos

Quizás es la frase que más nos repetimos. A la hora de la verdad nunca tenemos tiempo para estar con ellos. Nos decimos (¡cómo no!) que los tiempos en los que convivimos son de calidad. Pero nuestro tiempo de estar con nuestros hijos es muy poco. Y esto nos preocupa mucho. ¿Cómo lo logran otras personas?

(Flora y Juanjo desde Barcelona).

Lo primero que tendréis que reconocer, y ya lo hacéis en vuestra carta, es una realidad: de hecho no tenéis tiempo para ellos. Y de hecho no estáis con ellos. Y si repito vuestras frases es para que recibáis el impacto de escuchárselas a otro, no como un reproche sino como un mero eco de lo que vosotros decís como una descripción y que el otro os lo dice como una propuesta de revisión.

No digo que lo recibáis como una denuncia mía porque, en realidad, vosotros lo formuláis como si fuese

un mal que padecéis.

También podéis formularlo así: "no nos damos tiempo para estar con nuestros hijos porque nuestro tiempo lo damos a otras cosas". Eso clarifica vuestra manera de valorar vuestras actividades. Se trata de un criterio operativo. Valoráis aquello a lo que dedicáis vuestro tiempo y vuestro dinero.

A veces puede suceder que lo que vivís contradice lo que decís y eso os puede hacer sentir incómodos.

Pienso que lo que hace por los hijos nunca vale tanto como lo

que se hace con ellos, sobre todo cuando lo que se hace con ellos es vivir.

"Papá y mamá: ¡gracias por todo lo que me dáis! ¿Cuándo me váis a dar lo único que yo quiero que estéis mucho tiempo conmigo?". Eso aparece en un diario que escribía a escondidas de sus padres una chiquita canaria que murió a los 16 años. El llanto del padre sonaba así: "¿Cómo no he podido darme cuenta de esto si me lo decían sus ojos todos los días cuando la veía?"

2. ¿Y qué hacemos con sus caprichos?

Nuestro problema es cómo saber cuándo algo que nos pide nuestro hijo no es un capricho, o una moda social. Porque más de una vez lo que nos pide puede ser una necesidad real.

(Manolo y Elena desde Pontevedra)

Quizás la primera respuesta tendría que partir de vuestra propia experiencia personal: lo que deseáis y os compráis, ¿responde a una necesidad real o responde a tener lo que los otros tienen? Porque puede suceder que a veces os resulte también difícil distinguir si vuestros caprichos consumistas los traducís por necesidades perentorias.

Los equívocos pueden ser sutiles: los niños que lloran por mimo ¿están reclamando una necesidad vital y perentoria? Los botines que hacen falta para competir con ventaja ¿son indispensables para quien está metido en el mundo de la competición deportiva? Ir al extranjero para aprender un idioma ¿es una experiencia definitiva para el aprendizaje del mismo o un lujo que se ha puesto de moda porque otros padres

y algunas asociaciones lo presentan como método insustituible? Es cierto que en muchas ocasiones los criterios para determinar la necesidad son muy sofisticados. Aunque, con más frecuencia, los sofisticados somos nosotros.

Pero algunos criterios los tenemos claros: lo que no se puede, los límites que nos imponen nuestras economías o nuestras preferencias en el estilo de vida. Y la aceptación de estos límites es mucho más educativa que la debilidad ante los caprichos encubiertos de necesidad.

Una de las cosas que agudiza los problemas de este tipo alargándonos y enconándonos sin resolverlos es vivir en contradicciones y lo que un día vale otro día no vale. Esta falta de coherencia hace que las situaciones se tornen difíciles y sin salida.

Dialogar. Y no desde las razones y los argumentos, sino desde los sentimientos y las valoraciones. No se trata de que la austeridad sea una panacea. Sí se trata de que el consumismo disfrazado de "facilidades para el desarrollo de los hijos" es un atentado contra ese desarrollo.

La creatividad se dispara más desde las limitaciones. Y la confianza en sí mismo surge de lo que somos capaces de hacer, no de lo que somos capaces de comprar. Y esto también vale para expresar el amor y para solucionar las dificultades.

La pista para discernir lo que es capricho y lo que es necesidad nos la darán los propios hijos y nuestra propia experiencia personal. Pero sólo se comprende desde los límites, no desde la falta de todo límite.